José Herrero

La Reina que no quiso reinar



VISION NET

JOSÉ HERRERO

LA REINA QUE NO QUISO REINAR

VISION NET

La Reina que no quiso reinar
© José Herrero
© Editorial Vision Net
Avenida de Asturias S/N Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3 28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696
url: www.visionlibros.com
ISBN: 978-84-9011-710-1
Descargado de: www.visionlibros.com

Lienzo de cubierta: Lorenzo Vallés, La locura de doña Juana, Museo del Prado, Madrid.

Maquetación: Laura Gacimartín González
laura_gaci@hotmail.com

Diseño base cubierta: © Beatriz Estremera Sáez.
beessa@cyberplanet.es

Impreso por Publidisa.

Producido por Grupo Corporativo Visionnet.
Cuatro Amigos 5 Posterior 28029 Madrid (España)

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, o por fotocopia, o cualquier otro sin el permiso previo por escrito del autor.

Mi agradecimiento más sincero a
José Antonio López Benito, a Ana María
de la Cruz Rojas y Emi Sardón,
de Torquemada (Palencia), por su
inestimable ayuda en la búsqueda de
información para hacer posible esta novela.
A mis hijas, por su inmensa paciencia.

"—Ya, después que Dios quiso llevar para sí a la Reina, mi señora, siempre obedecí y acaté al Rey, mi señor, mi padre, por ser mi padre y marido de la Reina, mi señora; y ya estaba bien descuidada con él, porque no hubiera ninguno que se atreviera a hacer cosas mal hechas. Y después que he sabido cómo Dios le quiso llevar para sí, lo he sentido mucho, y no lo quisiera haber sabido, y quisiera que fuera vivo, y que allí donde está, viviese, porque su vida era más necesaria que la mía. Y pues ya lo había de saber, quisiera haberlo sabido antes, para remediar todo lo que en mí fuere. Yo tengo mucho amor a todas las gentes y pesaríame mucho de cualquier daño o mal que hayan recibido. Y porque siempre he tenido malas compañías y me han dicho falsedades y mentiras y me han traído en dobladuras, e yo quisiera estar en parte en donde pudiera entender en las cosas que en mí fuesen, pero como el Rey, mi señor, me puso aquí, no sé si a causa de aquella que entró en lugar de la Reina, mi señora, o por otras consideraciones que S.A. sabría, no he podido más. Y cuando yo supe de los extranjeros que entraron y estaban en Castilla, pesóme mucho dello, y pensé que venían a entender en algunas cosas que cumplían a mis hijos, y no fue así. Y maravíllome mucho de vosotros no haber tomado venganza de los que habían fecho mal, pues quienquiera lo pudiera, porque de todo lo bueno me place, y de lo malo me pesa. Si yo no me puse en ello fue porque ni allá ni acá no hiciesen mal a mis hijos, y no puedo creer que son idos, aunque de cierto me han dicho que son idos. Y mirad si hay algunos dellos, aunque

creo que ninguno se atreverá a hacer mal, siendo yo segunda o tercera propietaria y señora, y aun por esto no había de ser tratada así, pues bastaba ser hija de Rey y de Reina. Y mucho me huelgo con vosotros, porque entendáis en remediar las cosas mal hechas, y si no lo hiciéredes, cargue sobre vuestras conciencias. Yo así os las encargo sobrello. Y en lo que en mí fuere, yo entenderé en ello, así como en otros lugares donde fuere. Y si yo no pudiere entender en ello, será porque tengo que hacer algún día en sosegar mi corazón y esforzarme de la muerte del Rey, mi señor, y mientras yo tenga disposición para ello, entenderé en ello. Y porque no vengan aquí todos juntos, nombrad entre vosotros de los que estáis aquí, cuatro de los más sabios para esto que hablen conmigo, para entender en todo lo que conviene, y yo los oiré y hablaré con ellos, y entenderé en ello, cada vez que sea necesario, y haré todo lo que pudiere."

(Discurso de Juana I de Castilla en la primera sesión de gobierno ante la Santa Justa, en Tordesillas, el 24 de septiembre de 1520)

1

Cisneros piensa que estoy loca, esposo mío, y que no puedo gobernar España. Tú también lo creías e hiciste todo lo posible por dar cuenta dello a los miembros de la Corte, incluso a mi propio padre. He decidido partir contigo hacia Granada esta misma noche y cumplir con ello tu última voluntad y la mía propia de acercarme a los que me quieren, a todos aquellos nobles y plebeyos que confían en mí como lo hicieron con mi madre Isabel de Castilla, mi señora. Supongo que recordarás, cuando intentaste usurpar mi trono en Burgos exponiendo mi locura a los cuatro vientos ante los Grandes y los gentilhombres y los religiosos, a los que por cierto odio, cómo mi tío el Almirante de Castilla y un fiel oficial y otros soldados acudieron en mi favor y ayuda y trajeron al pueblo llano ante la Corte para postrarse a mis pies, para servir a su Reina, para demostrarle su lealtad por ser hija de Isabel y por Castilla y porque detestan a los extranjeros y huyen de mi padre Fernando, en el que no confían. Me sentí fuerte en ese instante ante tu expresiva impotencia, tu debilidad desmedida y tu humillación, como la del propio Cisneros, que cree más en mi locura que en tu muerte. El odio por la falta de tu amor, por tu falta de respeto hacia una doncella que tenía apenas diecisiete años cuando la poseíste por primera vez aun siendo una Infanta, fueron los previos pasos hacia ese estado de enajenación atribuida gratuitamente, Felipe. Mas ya quisieran muchos de estos botarates empecinados en descubrir mi locura hasta dónde

puede llegar tal estado de cordura; herida ya, dicho sea de paso.

Esta mañana he disuelto las Cortes ante la incredulidad de los Procuradores, mantenidos en la creencia de mi sinrazón. Estos días me he sentido prisionera en Burgos, anulada por los enemigos que me acosan y me acusan de demente tratando de impedirme gobernar mis reinos y también me siento prisionera, en estos cabales instantes, de ti, reclinada ante tu féretro glosándote mis cuitas, prisionera por el amor que nunca quisiste compartir conmigo, en esta Cartuja fría y desolada a la que temo como a la peste porque también entre sus piedras me siento vigilada. Partiré contigo hacia Granada a la puesta de sol sin que nadie pueda impedirlo. ¡Soy la Reina! ¿Sabes qué? También he prohibido que ningún extranjero venido de Flandes ocupen cargos oficiales. ¡Los quiero a todos fuera de mi reino! Les haré pagar, esposo mío, las vilezas que me infirieron en sus tierras.

Ya dije a los prelados, por tanto, cuál es mi voluntad de abrir el sepulcro y tu ataúd, pero se me han negado con banales artimañas que incluso lindaron con la ofensa; a mí, su Reina, y a pesar dello se empeñan en negarme el reino y en ofrecerme, por el contrario, morada en ciudades con almenas bien altas para que se pudra entre sus paredes mi demencia, igual que tú quisiste hacer cuando regresamos a España para hacerme cargo del trono de mi madre. Alguien me había dicho en el palacio de Coudenberg que tu intención, malévola e insana, no era otra que dejarme en el primer castillo que encontraras a tu paso a la zaga del reino que no te pertenecía sino como consorte y abandonarme a mi suerte. Lo que lamento de veras es que todo ello estuviera previsto en connivencia con mi padre, el hombre que tanto amé en la infancia, en el que tanto creí hasta comprender que me había desamparado arguyendo intereses de Estado. ¡Cuán ruin es la política! Demencia, dicen; y me la atribuyen. ¡Demencia!: locura de amor que no has sabido curar en vida, Felipe; más bien al contrario, la alimentaste con tus desafortunados amoríos de Corte dejándome sola, entregada a la tristura

y a los miedos, lejos de mi familia, de mi gente, de mi idioma. Verdad es que con este luto mío al que me postraste con tu muerte repentina, ¡malparido!, no me interesa demasiado reinar, aunque sea la Reina. Lo que no deseo es que me arrebaten lo que me pertenece, a pesar que ello me venga dado del dolor de la muerte de mis hermanos y sobrino. Desconfío de todos, incluso del aire frío y seco que apenas me deja respirar, este aire limpio al fin que no se parece en nada al abominable y espeso y húmedo de los Países Bajos. Pienso que ni siquiera estás en el féretro como quiero creer. He perdido la fe, he desahuciado los rezos, las plegarias, las visitas a la iglesia, los consejos de los párrocos y los arzobispos y me siento abatida y sola, doblegada, sin deseos de más vida. Los flamencos tuyos querían llevarse tu corazón para enterrarlo en Flandes pero creo que se te me han llevado entero en aquel minúsculo arcón de oro y no han dejado ni el recuerdo en tu ataúd, por ello se niegan los prelados a que parta hacia Granada. "Es demasiado apresurado", dijeron con un hilo de voz que se me antojó farsa. Buscan traicionarme hasta en lo que más he amado en la vida, que es tu cuerpo, ya helado, ya inerte. Tienen que estar al punto de llegar los obispos de Jaén y de Málaga y de Mondoñedo, y los embajadores del Papa, del Emperador y del Rey Fernando, mi señor, mi padre, en sazón mi mayor enemigo, al que tanto quise y en el que tanto confié, para que certifiquen que tu cuerpo está intacto en el féretro, aunque sin corazón, que ya no volverá a ser mío sino de tus tierras húmedas y frías. Esto es hecho, al caer la noche, no lo dudes, esposo mío, partiremos.

La niebla se mantuvo baja y densa todo el día. Juana, afligida, se impacientaba dentro de aquella Cartuja que más bien parecía cárcel sin rejas, pero imaginaba igualmente que no podría salir de allí, ni siquiera a la majestuosidad del jardín, y que moriría inevitablemente a los pies del sepulcro de su marido, el

Rey ambicioso que apenas llegó a reinar tres meses las Españas. Oía Juana murmullos por todas partes cuando el viento silbaba afuera y se sentía observada tanto por monjes como por toda aquella caterva de enemigos que anhelaban destronarla, no sabía bien si por mandato expreso del Rey Fernando o por el propio Cisneros, deseoso de apoyar a su padre para obtener con ello ciertos privilegios. Los fantasmas de su efímero y cruel pasado revoloteaban por su mente, la escudriñaban, la hacían maldecir en silencio, le removían el deseo de retozar en la cama con su marido olvidando que otras mujeres, sus amantes, habían ajado la vanidad desmesurada del Archiduque.

El hambre corría en desbandada por las calles apretadas y frías de Burgos. Los más pobres abandonaban sus hogares para deambular por los caminos al encuentro de alguna moneda de los nobles o los restos de endurecidas viandas que llevarse a la boca de labios agrietados por el dolor y el relente, pero apenas quedaban nobles cruzando los caminos infestados de miseria y, a lo más, arreaban sus cabalgaduras huyendo de los primeros pedigüeños apestados. Los niños, harapientos y sin ropaje de abrigo, miraban el horizonte de neblina albergando en su inocencia una esperanza que no llegaba a colmar su hambre y caminaban con los pies ateridos en busca de un futuro que ni siquiera podían intuir con esperanza. Muchos sabían que la Reina estaba en Burgos, pero también sabían que los reyes jamás se preocupaban personalmente del hambre de sus súbditos. Además, decían, entre rechinar de dientes, que estaba loca de atar, y que las locas no saciaban el hambre de nadie.

La población comenzó a morir plagada de landres y muchos fueron los que trataron de huir hacia las riberas del Arlanzón, extramuros de la ciudad, intentando evitar lo que ya se antojaba inevitable. La peste había entrado en Burgos y se cebaba con los pobres y con los nobles, sin distingo. Muchas casas fueron selladas y muchos cadáveres recogidos en carros por las calles nauseabundas e invadidas por la niebla y el viento silbo, incine-

rados después en el camino de la Cartuja de Miraflores. Un paisaje desolador entre la bruma y el humo y los hombres caminando entre los muertos con un pañuelo de lino cubriéndole la boca y la nariz tratando de evitar la pestilencia y el contagio.

Ya no me fío de nadie, Felipe. Cisneros y mi padre, bien lo sabes, quieren recluirme en un castillo, lo sé, y todos los nobles que alimentan mi marcha, ofreciéndome cobijo y ayuda, están por ellos embrujados, también lo sé. Harán lo posible porque no salga de esta ciudad amurallada, me enclaustrarán en ella de por vida, la vida mía que ya no tiene sentido. Mas yo he de cumplir con tu deseo y así será. Esta misma mañana, tras disolver las Cortes, puse a Grandes y prelados en su sitio, harta de que me hagan sentir tan incapaz, tan loca como no lo estoy, ordenando que todo cuanto había venido de los Países Bajos desapareciera para siempre de mi vista y de mi alrededor. Como Reina de Castilla, grité:

—¡España para los españoles! — y mirando fijamente a Cisneros, le espeté: y vos, Francisco Jiménez de Cisneros, ya podéis comunicar a mi padre que no le entregaré Castilla mientras sea viva, y vosotros, cortesanos alzafuelles que también deseáis que abdique y entregue el reino de mi madre, mi señora, a mi padre, mi señor, podíais empezar colaborando en apaciguar la hambruna que se cierne sobre Burgos como una maldición en vez de vivir pendientes de los asuntos de Estado, que en nada os incumben, y de vuestra Reina, y habilitando hospitales para detener la carrera irrefrenable de la peste que nos llama a la puerta. ¿Qué hacéis aquí todos? ¿Me vigiláis? Soy la Reina de Castilla. ¿Lo habéis olvidado? Y me debéis respeto y obediencia —elevando la mirada, irguiendo su enjuto cuerpo, escudriña a los presentes y, respirando profundamente, concluye: ¡Andad a vuestros menesteres, que no habrán de ser pocos!

¿Sabes, Felipe mío? Los flamencos que te adoraban y a los que ahora ya no les importas en absoluto y todos cuantos esperan que mi padre se proclame Rey de Castilla, han quedado como arrebatados, como si los demonios se hubieran posado sobre sus cabezas y les hubieran arrancado la razón y el habla y el mirar. Mudos y pálidos, sombríos y quietos como estatuas ruinosas. Los Grandes, por el contrario, trataron de mantenerse impertérritos sin sentirse conjurados, pero tampoco supieron qué decir ni cómo obrar. Se fueron silenciosamente tras Cisneros. Algo irán a urdir, de ello estoy segura. Por eso, amado mío, debemos partir. La noche se echa encima y la niebla cerrada nos ayudará. En mi comitiva llevaré a los cantores de Flandes; sólo ellos de todos tus flamencos porque sus melodías suaves y dulces, aparte de que me recuerdan la infancia, apaciguan mis cóleras internas.

Ya no queda nada de tu fugaz reinado en España. Con mis órdenes y las cédulas firmadas como Reina absoluta puse fin a tus infamias, a tus intentos de hacerme pasar por loca, a tu afán de poder y a todas tus infidelidades mil veces perdonadas. Ha sido una amarga venganza la de hoy, pero la ansiaba con toda el alma. ¡Los flamencos, a Flandes! Y no me cansé de repetirlo, no te creas, de gritarlo en medio de todos los Grandes que, atribulados, agachaban la cabeza escondiendo su torva mirada, quizá pensando que mi locura volvía a antojarse desmesurada, rabiosamente atronadora, de atar. Mas soy la Reina de Castilla. Por eso callan. Hasta Cisneros tragó sus propios sapos mirándome sin mirarme. Iluso. Creo que podrá ser Regente de Castilla mientras maquinan cómo hacerme enloquecer del todo. He parido cinco hijos, ¡cinco!, con dignidad y todos vivos, y otro que me aprieta el vientre como fiera para que entre tú, aunque muerto, la iglesia y mi padre me emparedéis en vida. ¡No! No puedo consentirlo. Mas, de qué me sirve reinar si ya no puedo tenerte —se le entristece la mirada y, de repente, le afloran unas lágrimas que se pierden por el blanco satinado de su tez. Se frota el

rostro con el puño negro. Odia llorar, pero no puede contener el llanto silencioso—. ¿Sabes? Las reinas también lloran por sus reyes muertos. Descansaré al fin cuando lleguemos a Granada y el olor de las higueras y granados se me cuele hasta el fondo del alma y la luna rejuvenezca definitivamente mi rostro al adivinarla, plateada, por encima del patio de los leones, sobre el murmullo del agua de las fuentes.

Debemos partir ya, Felipe. Anochece. El invierno empieza a calar hasta el tuétano. Este silencio repentino nos ayudará. Lo tengo todo previsto y preparado. El alumbramiento de nuestro último hijo me aterra, Felipe. Sucederá en el camino, pero no debo demorar un solo día la partida. Aunque he perdido la fe, aunque tu amor me ha turbado la confianza en la providencia, no puedo por menos que orar para que un nuevo Infante nazca en tierras de Castilla y me suceda y me alegre en la desdicha.

2

Corridos por la peste, Juana y su séquito emprendieron la marcha camino de Granada. La cordura de la Reina le hacía presagiar lo mejor para ella y para Castilla si conseguía llegar a tierras andaluzas, pues intuía que allí se la quería tanto como se odiaba a su difunto esposo Felipe de Habsburgo y a su padre Fernando el Católico. Juana sabía, sin embargo, que le iba a resultar muy difícil esquivar a los partidarios de su padre, a sus servidores más fieles y más viles y, sobre todo, al obstinado Cisneros, que la sometía a vigilancias tan hostiles que la propia Reina creía estar permanentemente en un auténtico e infernal cautiverio.

La niebla no dejaba ver más allá del alcance de las manos y los hachones que rodeaban el féretro de Felipe titilaban hasta apagarse.

—¡Que vuelvan a encenderlos! —gritaba resuelta a no ceder ni una legua del camino a los seguidores de Fernando, que, hostigados por Cisneros, se empeñarían en seguirla y en desaconsejarle tan largo viaje, sobre todo en su avanzado estado de preñez—. No nos detendremos, a pesar de la niebla y el helor — decía alargando las palabras y observando uno a uno todo el cortejo, que temblaba aterido por el frío y por el miedo. Todos, al unísono, empezaron a rezar el Oficio de Difuntos.

Con la noche cerrada alcanzaron el pueblo de Cabia; un puñado de casas de adobe y piedra desparramadas en medio de la bruma. El séquito comenzó a columbrar teas encendidas que parecían ánimas delante de las voces asustadas, a oír murmullos, chirriar de goznes, cantos prematuros de los gallos aleteando amedrentados por el rechinar de los carros y el golpeteo seco de los cascos de los caballos y las mulas sobre el empedrado de la calle principal, y una voz, temblorosa, que se atrevió a herir la densa niebla rompiendo la noche en mil pedazos:

—¡Quién va!

Otra voz le respondió de manera inmediata, más atiplada:

—¡El séquito de Su Majestad la Reina Juana I de Castilla!

—¡Loado sea Dios! —se escuchó decir a la muchedumbre de mujeres que aguantaban la friura en la plaza.

Los vecinos contemplaron, asustados, el carruaje tirado por cuatro esbeltos caballos frisones que se detuvieron frente mismo de la iglesia. Los hachones iluminaban, como lenguas que se movían en el espesor de la bruma, el ataúd de Felipe ornado de seda que mecía el viento, y oro que relumbraba como el sol en los mejores días de verano. Se santiguaron y, viendo que Su Majestad se apeaba de la cabalgadura toda vestida de luto, hincaron rodilla en tierra y gritaron:

—¡Viva la Reina! ¡Viva la Reina, nuestra señora! ¡Viva Juana I de Castilla!

Juana asintió con la cabeza y se giró hacia el carruaje. Se acercó, a pesar del frío cortante, rechazando con un leve gesto de mano un vaso de vino caliente con miel que le ofrecían, al féretro de Felipe para acariciarlo apenas con la yema de los dedos.

—No te preocupes, amado mío. Ya estamos en camino hacia Granada. Nada me detendrá —se la oyó balbucir.

El presbítero de Cabia se aproximó a Juana restregándose los ojos, aterido por el golpe helado del asustado despertar, ter-

minando de enfundarse en su gastado tabardo de lana merina que le había regalado tiempo atrás un mercader que regresaba de Burgos camino de Benavente.

—Majestad, por amor de Dios. No me quedéis ahí en la calle a merced del biruje que nos corre. Venid a la iglesia. Rezaremos un Te Deum y luego os acomodaré en cuarto estrecho de mis humildes aposentos. El jergón y las mantas de lana os harán entrar en calor. Renacido el alba, el alcaide del lugar os aposentará en más cómodo lugar, sin tantas estrecheces.

—Loado seáis, mas no preciso ahora estar en paz con Dios. Quiero que bajen el ataúd del carro y lo lleven con prontitud a la iglesia y lo coloquen frente mismo del altar. Que los soldados custodien todas las entradas y que nadie ose acercarse a él sin mi consentimiento, que a nadie he de consentir estar a menos de veinte pasos dél.

El presbítero la miró sin atreverse a protestar.

—Lo que tenga a bien Vuestra Majestad —se limitó a murmurar apenas con un hilo de voz.

—¿Dónde está ese vaso de vino que se me ha ofrecido? —solicitó Juana—. Que den comida, bebida y alojamiento a mi séquito allí donde haya lugar —y sorbió un largo y placentero trago.

La gente del lugar no podía dar crédito a lo acontecido. De repente, las calles se habían llenado de soldados adormilados y de sirvientas exhaustas del camino y amedrentadas por la negrura absoluta de la noche, y de prelados y Grandes que acompañaban la procesión de la Reina. El humo de las antorchas se perdía en seguida entre la niebla y el ladrido de un can irrumpió a lo lejos mientras varios soldados procedían a aviar en el altar de la iglesia el féretro del Archiduque Felipe. Juana no perdía detalle con la mirada, y en silencio, y cuidóse de que ninguna mujer se acercara siquiera unos metros del ataúd para orarle al difunto.

—Descansemos, pues —dio en decir.
Apenas pudo dormir sobre el jergón.

Miro el despertar del día desde este lúgubre aposento y observo cómo la niebla se levanta dejando unas gotas de rocío sobre el robledo. El sol despunta, tímido como mi propia timidez, en el horizonte borroso aún. Los gallos vuelven a cantar mientras yo, insomne, me acicalo los cabellos alborotados. No me importa. Ya nada me importa. El silencio muerde el aire de nuevo. ¿Estarán los soldados custodiándote junto al altar? ¿Alguna doncella habráse atrevido a llegar hasta ti? Pienso muchas veces en cuánto daño se me ha hecho desde que embarqué en Laredo hacia los Países Bajos. Tenía sólo diecisiete años no cumplidos. Una niña que gustaba oír la guitarra y estudiar latín y jugar con mis hermanas y adivinar a mi madre Isabel, mi señora, siempre encastillada, desempeñando su papel de Reina y apenas sí de madre, algo que yo no entendía ni acertaba a comprender. Sólo ansiaba los regresos de mi padre Fernando, mi señor, para sentir su amor, sus caricias, sus cuentos de otras tierras lejanas. Me gustaba inventar historias a modo y manera de los mejores trovadores y poetas, y lo mismo me hacía pasar por una flautista y me comportaba como tal, que luego por músico ambulante y soñaba y me veía viajando por toda Castilla y, otras veces, en cambio, me convertía en una estupenda guitarrista que acariciaba las cuerdas de su guitarra en las tardes de estío junto a los jazmines al arrullo del agua en los azules estanques.

Ellos, Felipe, mis padres, me obligaron a partir hacia tu país para casarme contigo por intereses políticos nada más, para aplastar a Francia como a breva madura y para extender los dominios de España doquiera que hallaren tierras y hombres en ellas... y por el Nuevo Mundo que con el tiempo nos trajo el genovés Colón de más allá de los mares. Me dejaron sola, niña y

virgen y desamparada, huérfana de afecto familiar, a la fría voluntad del mar primero y a la niebla y la lluvia eterna de tu Flandes después. La infancia se me fue en las crestas de las olas de aquel mar y no regresó a mí nunca más.

Ya es día crecido y el silencio persiste. ¿Se habrán ido todos? ¿Me habrán abandonado en este pueblo perdido en el frío corazón de Castilla? No, mis soldados y mi vieja sirvienta, al menos, no van a abandonarme. ¿Adónde ir, sin mí? ¿Y, adónde conmigo? La sinrazón de la razón me come de nuevo, me puede. ¡Y este sol! Me daña los ojos resecos y legañosos por el negarme al agua. Desde el ventanuco atisbo soldados en corro junto a enorme fogata de troncos de árboles recién talados. Me llega el hediondo olor de la resina y puedo escuchar el chisporrotear de la madera aún verde negándose al fuego, y puedo adivinar el silencio bronco y hostil del puñado de hombres que se afanan en entrar en calor cubiertos con sus gruesos capotes, apretados los unos contra los otros en derredor de la lumbre. De las casas salen grandes humaredas azules que se pierden en el azulado cielo ribeteado de oscuras nubes que vuelan como palomas llevadas por el viento, perdiéndose en seguida sobre el horizonte de pardas lomas. Estarán las mujeres afanadas preparando el yantar en los lares para los hombres curtidos por el frío que llegan del campo, y ahumando en el desván la matanza recién hecha, y aguantando la humedad de la ropa corrida por la chimenea para ser secada con paciencia; todo lo contrario a la vida casi monacal que viví en el palacio del Cordón, allá en Burgos. Allí precisamente has muerto, Felipe, y no hubo calor humano ni de leña, ni matanza ni plegarias que pudieran salvarte. Había tomado en aquel lugar buena nota de tus ofensas y habíame procurado venganza, mas no sabía que la muerte andaba pisándote la sombra. Y ahora corren tras de mí las sombras de mis enemigos, los traidores a Castilla, tratando de pisotear mi voluntad.

3

Los habitantes de Cabia desficiéronse en halagos y en ofrendas para con su Reina que, aunque empeñada en proseguir camino, al cabo aceptó quedarse un día más para respirar un poco de paz y recrear la vista en los trigales muertos con el invierno recién nacido desde la galería de la casona que el alcaide dispuso para su descanso, desde la cual también podía divisar, a lo lejos, el río de abundantes truchas. De niña, tantas veces por ella recordado, gustaba de oler el trigo hecho harina y luego pan, aunque fuertes vientos trataran inútilmente de llevarse el fresco aroma a paisajes que no pertenecían a Juanita. Siempre le llegaba a la nariz la fragancia del trigo verdeando los campos, devorándolos en su madurez con el dorado brillante, yermos al blanquear la tierra helada. Oteó el límpido cielo azul, disipada la niebla, y se estremeció al recordar el eterno gris que había soportado en Malinas y en el mismísimo palacio de Coudenberg, en Bruselas, y aquella lluvia incesante, aquel verdor que lastimaba la vista de tan fuerte y penetrante. Suspiró profundamente tratando de contaminarse del aire seco que le llegaba a través de uno de los ventanales abiertos de la galería, orillas de la torre de la iglesia donde reposaban los restos de su difunto esposo custodiado por una escuadra de soldados. Estaba en Castilla y se sintió alegre y segura por un instante, liberada de sus acosadores, con su ternura a cuestas, sin que nadie se